

## "Tú creces en cuanto que yo entiendo. Y conforme te entiendo, yo también crezco". Los padres de hijos adultos: ensayo de Antropología de la educación

"YOU GROW UP AS I UNDERSTAND YOU. AND AS I UNDERSTAND YOU I ALSO GROW UP". FATHERS WHOSE CHILDREN HAVE BECOME ADULTS: AN ESSAY ON THE ANTHROPOLOGY OF EDUCATION

### Resumen

Es un hábito cultural el pensar que en todo hogar conviven adultos que mandan y niños que obedecen. Y que esos niños están subordinados a sus adultos en lo que respecta a la autoridad y el saber. Y que esos adultos están obligados a cuidar, alimentar y enseñar a los pequeños. Entre tanto, he venido observando a lo largo de mis investigaciones que la interacción es mutua; que en toda cultura o sociedad se pueden diferenciar con claridad dos mitades, dos epistemologías, la adulta y la infantil; y que cada una aprende de la otra, si bien en épocas diferentes. Veinticinco años atrás, en la aldea de Vilatuxe (Galicia, España) pude contemplar a cierto número de niños jugar, estudiar, imaginar, amar, obedecer. Ahora, veinticinco años más tarde, los he analizado ya adultos. El título del artículo constituye la hipótesis de investigación; el objetivo, incluir el saber infantil en el estudio de la reproducción.

### Palabras clave

Educación, aprendizaje, cultura infantil, autoridad, reproducción.

### Abstract

It is a cultural habit to think as if any household was made up of adults who give orders and children that just obey. It is usual to think that those children are subordinate to their adults in all concerning authority and knowledge; and that those adults are compelled to caring, nourishing and teaching their children. However I've been able to notice through my research that interaction is reciprocal. In any society, in any culture, there are two halves, two epistemologies: the adult's and the child's one; and all the two learn from each other. 25 years ago I did fieldwork in Vilatuxe, a little village in Galicia (Spain), and I could observe there some children playing, studying, imagining, loving and obeying. Now, in 1997, I've studied those children who have become adults. The title of this paper constitutes my hypothesis; my aim is including the child's knowledge in the study of reproduction.

### Key words

Education, apprenticeship, child's culture, authority, reproduction.

## "Tú creces en cuanto que yo entiendo. Y conforme te entiendo, yo también crezco". Los padres de hijos adultos: ensayo de Antropología de la educación<sup>1</sup>

(1) Traducción del portugués por José María Cardesín.

*Dedico este texto a Ricardo Amaral, uno de los niños que he venido estudiando en Vila Ruiva -Portugal- desde 1988 y que murió este verano en el río Mondego.*

### La cuestión

Es un hábito cultural el pensar que en todo hogar conviven adultos que mandan y niños que obedecen. Y que esos niños están subordinados a sus adultos en lo que respecta a la autoridad y el saber. Y que esos adultos están obligados a cuidar, alimentar y enseñar a los pequeños. Y es así, sobre esa hipótesis social, que los niños crecen. A pesar de que los hechos demuestran que existen alternativas a ese "dictum social". Un precepto social que tiene como misión orientar a los seres humanos en su comportamiento interactivo. No existe adulto dentro de la cultura occidental, de la sociedad occidental diría yo, que no sienta la obligación de tomar cuenta de su descendencia y de todo ser más joven que se encuentre cerca de él. Porque se da por supuesto que los niños aprenden de sus adultos. Aprenden comportamientos, jerarquía, respeto y amor por el trabajo. Y así, la legislación ordena que los padres casados ejerzan tutoría sobre sus descendientes. Y las normas de comportamiento establecen que dichos adultos deben ejercer un cuidado especial sobre dichos descendientes. Ya nos volvamos hacia la opinión social, a la memoria social mantenida a lo largo del tiempo, o a la doctrina y las instituciones, nos encontramos con que todas ellas están preparadas para vigilar que esta labor de cuidado se realice correctamente. Incluso existen castigos para aquel adulto que descuide al menor a él confiado. Y, caso de que faltara ese adulto consanguíneo responsable de la supervisión del menor, están establecidas las alternativas para designar un tutor para la persona y un curador para los bienes. Y existe toda una mitología social, que genera historias consideradas como sagradas y que están destinadas a orientar la relación entre grandes y pequeños. Bien conocida en Occi-

dente es la mitología en torno a María, una madre que se nos presenta siempre fiel al pie de su hijo, en los buenos y en los malos momentos, en la riqueza y en la pobreza, en la vida plena de actividad y en el tránsito a la Historia, es decir, la muerte. La doctrina y la mente cultural se han dedicado durante muchos siglos a cuidar el mito, a prestarle adhesión, y, así, constituir un precedente, una imagen de lo que debe ser la relación paterno-filial. El padre no cuenta, está ahí para aportar recursos reproductivos y para enseñar a trabajar a los hijos varones. Las relaciones entre madre e hijos varones, o entre padre e hijas, se tiñen de ternura; las relaciones entre padre e hijos varones se caracterizan por el tratamiento distante. Trato duro, para que ese descendiente "sea masculino", huyendo de los sentimientos tiernos. Porque la ternura mata la dedicación al trabajo.

Entre tanto, he venido observando a lo largo de mis investigaciones que la interacción es mutua y que también el adulto realiza un aprendizaje a través de su contacto con el niño. Tal y como he venido mostrando en mis trabajos (1988, 1996, 1997, 1998), tal y como Meyer Fortes (1938) debatió en su obra y se encargó de transmitir a Jack Goody (1971) y a mí mismo, en toda cultura o sociedad se pueden diferenciar con claridad dos mitades, dos epistemologías, la adulta y la infantil; y cada una aprende de la otra, si bien en épocas diferentes. Y llega un momento en el ciclo de vida de las personas en que el antaño niño, que ya creció hasta convertirse en adulto, deja de recibir admoniciones, disciplina y consejo. A menos que lo solicite. Yo diría que el grupo social es como un carrusel de experiencias, compartidas entre varias generaciones. Existe en él esa época en que el progenitor engendra, el niño nace y va aprendiendo de lo que ve frente a sí. Y una vez crecido, quien fue niño se convierte en genitor y adulto que transmite filialmente el saber. De la manera que Maurice Godelier (1982) nos ha descrito tan claramente en su obra. Piense el lector, piense y recuerde.

Recuerde aquel tiempo en que, siendo niño, veía, oía y callaba ante sus adultos. Cuando veía, oía y hablaba ante otros adultos que le resultaban más atractivos. Cuando veía, no oía y repetía lo que sus pares acostumbraban a decir. Sus pares, los de su edad. Recuerde el lector cómo los abuelos estaban allí para ser amados, la madre para contar con ella, el padre para huir de él. Y los parientes, vecinos y amigos, para escoger de entre ellos con quien intimar y crecer.

#### El adulto

Desea. Un día desea. Y dinamiza el deseo. Con quien constituya su objetivo amoroso. Coyunturalmente. Hasta que un día ama. Y porque ama, su mente se orienta en cierta dirección. Y en Occidente se orienta para vivir en pareja. Y criar en pareja. Y repartir los papeles entre dos. Y ocuparse del cuidado de la prole entre dos, tal y como estableció el famoso Concilio de Trento, modificando así el rumbo de Occidente. Y Occidente traspasó esa reorganización al nuevo mundo conquistado, que había sido descubierto poco antes de la finalización del concilio. Claro está, que estas tareas de criar y cuidar se realicen efectivamente siempre en pareja es una cuestión diferente, que tendremos que examinar. Pero el caso es que al menos ese ideal constituye la norma de partida, cuando la pasión arde en los cuerpos; una norma que demanda niños para asegurar la continuidad de lo social. Y por primera vez el adulto ve cómo su conducta se modifica. La amante pasa a ser una entidad humana que cría. Dos personas, la que satisface al otro y la que amamanta al descendiente. Y las jerarquías se invierten. Ya no es el más importante –caso de una pareja heterosexual– el genitor: es el descendiente quien pasa a tener prioridad. Prioridad en los cuidados, en la nutrición, en la ropa, en las caricias. Y el otro adulto, conforme pasa el tiempo, o bien se distancia y se busca otras intimidades, u organiza su vida con la madre que quedó enamorada de su niño. Y este niño crece, y con-

forme crece dinamiza en sus adultos un comportamiento de pareja, de división de los saberes. Caso de que el descendiente sea varón se le aparta de su madre para que pueda observar el comportamiento del padre. Caso de que se trata de una niña se le aparta del padre, y empieza a interactuar entre los cuchillos y sartenes de su madre. Que ahora ya no sólo cocina para alimentar, sino también para enseñar, para criar una futura adulta que a su vez pueda asumir en su día la tarea de reproducir. Reproducir de esa manera en que hoy en día las madres pasan a intervenir en la vida en pareja: trabajando fuera de casa, trabajando dentro de casa. Objetivo primordial el primero, dado que constituye aquella interacción social que permite obtener dinero; objetivo también importante el segundo, aunque bastante menos que el otro, ya que se centra en el cuidado del descendiente.

Mientras tanto, el padre se mantiene a distancia de sus descendientes. Hasta el día en que éstos aprenden a hablar. Aprenden a decir aquello que pueda interesar al adulto occidental. Y lo que pueda interesar al adulto es heterogéneo, cambia conforme lo hacen las coyunturas socio-políticas de su época. Sucede en el campo, en la ciudad, entre trabajadores, entre propietarios de los medios de reproducción. En Occidente, el hombre aprende, siendo ya padre, que o bien tiene autoridad y mando o no es viril, no cumple los roles asociados a la masculinidad. Es lo que se puede ver en la tragedia que narra la película *Sleepers* (1996), que ha sido visionada en Portugal bajo el título *Sentimentos de Revolta*. Que muestra cómo el hombre debe golpear a la mujer para así ejercer su autoridad. O, por lo menos, hablarle con dureza para así colocar a la mujer en posición subordinada. Porque, tal y como refiere el antedicho mito, el hombre pretende mandar, pero es la mujer la que acaba por gobernar a través del cariño. Ese sentimiento que el adulto aprende del niño, que comienza a desarrollar en la medida en que se van desarrollando sus descendientes. De la misma manera que el adulto tiene que decidir si su descendiente tra-

bajará o no, si estudiará con el fin de habilitarse para desempeñar alguna actividad, si combinará este quehacer social con la colaboración en el trabajo doméstico, en las tierras, en la industria, en fin, si aportará al hogar parte del dinero que gane en su trabajo. Un problema más con el que debe enfrentarse el adulto, cómo hacer para que el niño crezca conforme lo exige el contexto en que niño y adulto viven. Contexto que cambia a través del tiempo. Como sucede en el momento actual, en que los descendientes deben abandonar la casa en que se criaron si quieren asegurar su continuidad histórica, tal y como han decidido aquellos que administran el poder. Algo que el adulto va descubriendo en tanto cría a su descendencia. Porque cuando era joven, aún no se daba cuenta de que el mundo tiene amos. Y que esos amos encuentran protección tras la burocracia estatal, tras las instituciones, tras la ley y las formas cambiantes que adoptan los comportamientos. Es entonces cuando el adulto se da cuenta de que su forma de vida tiene muy poco que ver con aquella en que se desarrollará su madurez; es entonces cuando comienza a entender que ya no puede hacer más por su descendiente. Porque las alternativas de vida habrán cambiado para el momento en que ese descendiente alcance la edad para mantenerse a sí mismo. Es este un aspecto más del proceso de aprendizaje que debe recorrer el adulto. Entender que aquel niño que procreó tendrá que enfrentarse a la vida por sí mismo. Y, con o sin ayuda de él, el descendiente lo hará. La palabra del adulto ha perdido autoridad. La autoridad pasa a corresponder a aquellos que administran ya no el poder, sino los medios para proporcionar trabajo. Medios relacionados estrechamente con la acumulación de lucro que practican en beneficio propio. Y la juventud acaba por servir al acumulador de lucro. De manera autónoma e independiente. Es entonces cuando el adulto aprende otra lección de aquellos a quienes hizo por pura pasión: que su deber consiste en preparar al niño para ser autónomo e independiente, ya no subordinado

a la jerarquía tridentina, que aún hoy sigue siendo tan importante en los países definidos como católicos. He aquí cómo el adulto no deja de aprender. Y estos descubrimientos, ya sean tardíos, ya se vayan realizando a lo largo de la vida, acaban por separar al adulto de aquella pareja con la que hizo a su descendiente. Y la unión acaba por romperse. Y comienza la búsqueda de otra persona, del mismo o de distinto sexo, para aliviarse del trauma de la separación. Una triste solución. El adulto, demasiado tarde ya en su vida, acaba por averiguar que la única solución hubiera consistido en entender entre dos cuáles eran las estrategias que los fabricantes de lucro introducen en la sociedad para obtener trabajo a precios más reducidos. Esos adultos no entendieron que estaban produciendo seres humanos que acabarían por convertirse en empresas individuales, sobre los que su palabra acabaría por carecer de valor alguno. Y así, el adulto comienza a aprender de sus descendientes que ya está fuera de juego, que ha comenzado a envejecer, aunque aún no tenga edad para ello. A envejecer, porque la precipitada vorágine del mundo los echa a un lado, y lo que vio hacer un día a sus propios ascendientes, ya no es más lo que le acontecerá a él mismo. Lo que el adulto no consigue entender es que aún le quedan por aprender dos cosas: que la emotividad aún está viva y que hay amor en las cosas que hacen sus descendientes, amor incluso hacia él mismo; y que, si fuera capaz de entender el nuevo contexto que le rodea, incluso podría ser capaz de colaborar con sus descendientes, tal y como acontece en las sociedades no occidentales. El adulto busca en el presente reproducir su pasado. Y esa reproducción adopta ahora una apariencia externa, una envoltura diferente. Y como el adulto no consigue identificar las continuidades por debajo de los cambios, desiste. Y al desistir, renuncia a dar al joven que reprodujo aquello que ahora necesita: apoyo, cariño, aliento, fuerza y, de vez en cuando, una perra, unos cuartos, una firma que sirva de garantía para un crédito bancario.

## El niño

Oye, ve, entiende. Entiende y calla, porque no tiene forma de identificar lo que el adulto dice y decide. Ante el niño se levanta un mundo de conceptos y costumbres, en el que está siendo introducido por el todo social. Por la heterogeneidad social. Un mundo que se le aparece ante sus ojos, sin que pueda entender su sentido. He venido repitiendo hasta la saciedad en mis textos, conferencias y entrevistas, que el mundo infantil posee entendimiento propio y que como tal debe ser objeto de respeto, que la acción de corregir debe basarse en ofrecer alternativas, no en el azote, en la burla, en el castigo. El niño entiende qué es lo que se puede hacer cuando se le explica con cariño, con calma y utilizando sus propias palabras. Entiende cuando se le coloca ante opciones sencillas, dentro del mundo que conoce. No ante el mundo rígido del deber doméstico, que cambia rápidamente. El niño vive en varios mundos al mismo tiempo: el privado, el público, el institucional, el de los ideales de la memoria social, el de las verdades oficiales que son entregadas por las instituciones que, a su vez, reproducen un saber originariamente basado en el experimento. Pero el niño vive primordialmente en el mundo de la experiencia cotidiana, y de ella se derivan las ideas que organizan su actividad. Y de esa experiencia debe separar, violentamente, una verdad oficial que por contra no resulta fácil de entender, porque se sustrae a la materialidad que impregna su saber. Que define su saber. Y el niño reviste esa materialidad mediante su imaginario. El niño entendería mejor si pudiera comprender la historia del lugar en que vive, su genealogía, la historia de sus adultos. De poco le sirven aquellas historias que le son traídas de lejos de su experiencia cotidiana, aportándole otras realidades sociales que le resultan inútiles porque carece de un método comparativo que le permita relativizar su propio mundo, que necesariamente es etnocéntrico. Necesariamente, porque es el mundo que ama y al que se siente unido afectivamente. El niño observa

cómo se destrozan las relaciones entre los adultos, que discuten y pelean a cuenta de él. Ante él, los adultos discuten acerca de cuál es la manera más adecuada para someterle a la voluntad del más fuerte dentro de su grupo. Los críos sufren los desencuentros que se producen entre aquellos seres que sienten que están a su disposición. Esos adultos que, conforme se dedican a criar otro ser, acaban por no ser capaces de entender la parte infantil que aún permanece dentro de ellos mismos. Parte que rechazan, comportándose como tipos duros, para apartar lejos de sí la simpatía que la forma de actuar infantil despierta en ellos. Me refiero aquí al adulto consanguíneo. Porque el niño contempla al adulto institucional como parte de la propia institución. No se sorprendan con mi afirmación aquellos profesores o maestros que puedan estar leyendo estas líneas: la escuela es un lugar poco apreciado por los niños, debido a la solución de continuidad que se produce entre su papel de introductor a una memoria oficial, y el hogar del que provienen los niños, que se caracteriza por el debate afectivo. Ciertamente es que el niño puede desarrollar cariño hacia el maestro, en el que quizás encuentre un sustituto a aquello de lo que carece en su propia casa: disciplina, una estructura para la acción, dentro de horas fijas y compartidas con sus pares de otras casas. Aquel maestro que entienda así el papel de la escuela, puede ser capaz de sembrar ese cariño por el saber que la vida infantil acabará por necesitar una vez que alcance el estadio adulto. El adulto, por contra, no es capaz de entrar en la mente infantil a través del imaginario, y eso no se contradice con el hecho de que el niño consiga al final resolver el problema matemático o memorizar la Historia. El triunfo del niño, y esto lo dice un investigador que como yo ha venido hablando irónicamente de fracaso escolar, ese triunfo consiste en aprender a pesar de la ausencia general de pedagogía que existe para penetrar en la cultura y en el entendimiento infantil. Porque, más adelante en su vida, el niño ya crecido acaba por darles una sorpresa a todos:

sabr  comportarse en el mundo, a pesar de que previamente nadie hubiera comprendido su forma de entender. Entendimiento propio que el niño habrá de desarrollar por otros caminos que recorre a lo largo de su vida. Aquellos caminos que le enseñan quién es el que manda y desde donde se ejerce el poder. Y cuando entiende que lo decisivo no es aquel debate cariñoso que se ejerce sobre él, y que vehicula el aprendizaje, sino los coscorriones que él mismo debe darse... pues hasta encuentra trabajo. Incluso hay niños que buscan apoyo en los coscorriones que les dan los suyos. Porque lo que el niño busca es sentir que sus acciones, aunque est n equivocadas, encuentran apoyo en el mimo y el cariño que subyace al beso y la palmadita, en el festejo de sus ocurrencias. El niño busca que le proporcionen apoyo, no definiciones.  Acaso los adultos conocen eso?  Pero quién se lo iba a enseñar? Si el adulto aprende de la pasión que le lleva a reproducir a partir del deseo aprende de la fantasía que el adulto posee –una idea muy difundida en lo social– de que a un niño siempre se le quiere mucho. Una idea que sirve para orientar la acción y permite aliviar el peso de las mudanzas que en la vida comporta hacer y criar a un niño.

#### Adulto

Y el niño crece y acompaña al adulto que lo hizo, hasta convertirse él mismo también en adulto. Caso de que la reproducción se realizara genéticamente de forma heterosexual. O acompaña al adulto que lo adoptó, caso de que los gametos no permitieran otra continuidad que aquella basada en la adopción. Adopción de niños que, como todos los demás, serán educados socialmente. No se engañen los padres, porque ellos no educan a sus hijos. El niño reproduce, como proceso, el conjunto jerárquico de la estructura social. Y es a través de ese proceso que el niño acaba por ser parte autónoma de la solidaridad social. Y aquí reside otra sorpresa que se lleva el adulto y que le obliga a modificar su comportamiento, a corto y largo

plazo. Cuando finalmente acaba por entender que aquel niño sobre el que quería mandar, es alguien que posee sus propias ideas y observaciones, sus propios puntos de vista, sus deseos, sus estrategias, y sobre todo aquella juventud que el adulto ya perdió para siempre. Y es eso lo que al adulto le resulta más difícil de entender. Y de aceptar. Porque el adulto anda a la búsqueda de la estabilidad que le permita mantener su vida en calma, cuando su cuerpo ya ha dejado de ser el cuerpo reproductor que la sociedad exige. Sociedad que construye para ese adulto el mito de que el deseo y el amor ya acabaron para él. Permítame el lector recurrir a dos recuerdos personales. El primero es el de aquella mujer que, una vez muerto su marido, me contaba cómo se desarrollaba entre ellos el cariño íntimo hasta el último día de la vida de él, contando ochenta años. Cómo era posible, con cariño, continuar la intimidad, a pesar de que él yacía envuelto en tubos que conducían sueros y morfina hasta sus venas. Y cómo el orgullo de esa felicidad mantuvo la vida de esa mujer durante años. Historias que los niños, cuando pasan a ser adultos, olvidan oir, hasta que un día pasan a vivirlas ellos mismos. El adulto que cri  es quien ahora debe saber ver, oir y callar, si es que quiere proporcionar una herencia adecuada a su descendiente ya adulto: su propia forma opcional de actuar. Ese joven adulto ya ha dejado para siempre de ser el niño con el que discutir, al que besar, castigar, mandar, esperar. Y menos aún en las condiciones actuales de la vida neo-liberal, que hace de ellos "yuppies", esas máquinas de trabajar que dan miedo al adulto de ayer. Porque es este un trabajo que se concentra en la creación de riqueza. Tomemos la segunda historia que antes anunció: yo mismo sufrí un accidente, perdí la consciencia durante varios días. Un día, finalmente, abro los ojos y veo a mi hija mayor, al pie de mi cama, con aquellos veinte años que tenía. Pero la vi con la apariencia de cuatro años y como a una niña de cuatro años le habl , en nuestra jerga privada, como a un pequeño bebé. Conforme fui recordando y mejorando fui d ndo-

me cuenta de que esa no era ya su edad. Pero mi conciencia apagada permanecía en el pasado, pasado en el que, con nuestros descendientes ya adultos, nunca dejamos de vivir. No debido al temor de hacernos viejos, sino porque hemos acabado por asumir la costumbre de tomar decisiones por ellos, desde el mismo día en que los hicimos. Pero debemos cambiar esa forma de pensar que tenemos. Porque del hecho de que nuestro descendiente se haya convertido en adulto, no se deriva que nosotros seamos viejos, siempre que sepamos cómo mantener nuestro objetivo, nuestra vivacidad, nuestro deseo vivo y potente, nuestra preocupación por ellos, que nos permita apoyarlos en el momento que nos lo dicte la experiencia que hemos acumulado en el pasado, interactuando con adultos mayores que nosotros. Apoyo que no consiste en dinero, sino en aportarles la fuerza necesaria para la interacción social. Desde el momento en que seamos capaces de mantener esa interacción social. Y preservar esa dignidad de quien sabe cuál es el papel de responsabilidad jerárquica que la coyuntura ha definido históricamente para él.

### Niños

Los conocí hace 25 años. Bertita y Pedro, los sobrinos de Pepe "O Xastre", ese sastre que los había llevado a vivir con él. Careciendo de padres, hijos como eran de la fallecida hermana de la mujer del sastre, los criaron. Con amor y cariño, igual que a hijos "de sangre". Y les enseñaron música y costura, y orientaron sus estudios, con la distancia que comporta ser a la vez tíos y padres. En ese grupo de niños jugaba también Beatriz, otra huérfana que a su vez había sido criada por sus tíos, dueños del bar y propietarios de tierras. Grupo al que de vez en cuando se juntaba una pequeña extranjera que aprendía así su lengua gallega, en mi viejo y querido Vilatuxe. Esa parroquia gallega (Lalín, Pontevedra) de la que retiré las ideas que he expuesto aquí como hipótesis de trabajo, que estudié por primera vez en 1975-76 y volví a

reestudiar en 1997 y a la que me he referido en otros textos (Iturra, 1988; 1998b). También conocí allí hace más de veinte años a otros niños como Carlos de Amalio o José Gregorio o Tinito. Y los observé mientras interactuaban, a veces todos juntos, a veces por separado. Todos ellos, actuando bajo la atenta mirada de sus tíos o de sus padres. Y fueron creciendo y estudiando, cada uno siguiendo su propio camino. Y Pedro extrajo de su tío Pepe "O Xastre" el amor por el diseño. Que hizo de él un profesional que reside en Santiago de Compostela, de donde no sale nunca a no ser rumbo a otros países. O el caso de Bertita, una maestra que goza de renombre entre la vecindad y que vive lejos de Vilatuxe. Y la niña extranjera, que trabaja como psicoanalista aún más lejos. Y Beatriz, propietaria y orientadora profesional, casada con José Gregorio, un comerciante exitoso. Casados ya todos ellos, contando con hijos que aún son bebés. Y Tinito, que ahora es Antonio el constructor. Y Carlos de Amalio, ingeniero técnico. Todos dedicados a imitar lo que sus ascendientes hicieran antaño, y aún continúan haciendo, pero imitándolos de formas renovadas en este nuevo contexto orientado al lucro neo-liberal en que sus ascendientes no vivieron. Desplazándose en los automóviles que ellos mismos conducen, mientras que antaño sus padres andaban a pie, o circulaban en camioneta. Queridos todos ellos, y siendo su opinión muy tenida en cuenta por sus padres. Disfrutando de profesiones a las que llegaron gracias al empeño y persistencia de sus ancestros, y que continúan ejerciendo por el orgullo que en ellos genera este cambio a mejor. Si contara con paciencia y tiempo para ello proporcionaba la genealogía, pero puede consultarse en mi último libro (Iturra, 1998b).

La diferencia estriba en que ese Vilatuxe del que retiré mis ideas acerca de la relación entre los ascendientes y sus hijos crecidos, lo conocí hace veinte años como una tierra solidaria, basada en el trabajo denominado campesino, organizado sobre la entreayuda y dedicado a obtener de sus vacas la leche que vendían a una empresa multi-

nacional. Mientras que hoy, sus habitantes ya no tienen futuro como productores rurales, obligados como están por la ley española a gestionar explotaciones con una superficie territorial amplia, con fincas grandes y con unos animales cuya genealogía es aún mejor conocida que la de la propia familia. De las trescientas casas sobre las que hace 24 años trabajé, conocí, aprendí, escribí, amé y continúo amando, sólo tres podrán continuar siendo en el futuro productoras de leche. Porque para ello es preciso tener conocimientos sobre la hierba y los animales, pero también ser jóvenes y aportar la garantía de poder reproducir una nueva generación. Y enviar a la jubilación a los otros adultos, sus tíos o padres. Con el dinero que proporciona el Estado para que los demás miembros de la casa, hermanos, primos o lo que sea, se marchen a la ciudad a trabajar. Pasando por encima de lo que manda la costumbre cultural, la normatividad que fue recreada por sus antepasados durante siglos. Pasando por encima del Código Civil, que otorga derechos iguales a todos los hermanos, desde que el liberalismo se instaló en las aristocráticas tierras gallegas. Allá cuando Fernando VII firmó en 1812 una constitución en la que acababa con el absolutismo, constitución que sólo vino a ser verdad en el s. XX, cuando el rey de España se marchó. Asuntos todos que descansan en la memoria social, en la memoria del pueblo. Como permanecía en la memoria de mi amigo y pastor de cabras Herminio Medela, que me había enseñado Vilatuxe hacía 24 años, mientras yo le enseñaba ahora lo que él mismo desconocía, que si era dueño de mucha tierra ello se debía a haber sido su familia desde 1660 letrada, compuesta por abogados, primos de los duques de Alba y de los condes de Lemos, hasta llegar a sus hijos que allí estaban para tomar cuenta de aquello que ya acabó. Para satisfacción de él.

Todos esos hijos de los que he estado hablando, que conocí hace más de veinte años y que el año pasado volví a ver convertidos en padres o madres, en artistas o ingenieros que, tal vez sí tal vez no, pretenderán en el futuro continuar

viviendo como viven actualmente. Lo que en cualquier caso sólo les compete a ellos mismos. Como aquella pequeña extranjera de la que hablé antes, y que en la actualidad se dedica a coleccionar honores académicos y experiencia terapéutica. Sobre todo esto, sus ascendientes, que aún conservan el vigor, nada opinan ni deben opinar. Porque estos hijos del s. XXI saben lo que hacen y lo que quieren. Y caso de que no lo supieran, tampoco somos nosotros quiénes para decidir por ellos, dado que es posible que también nosotros lo ignoremos. Nosotros albergamos conocimientos acerca de la solidaridad, no acerca de la acumulación, y he aquí la razón por la que el niño enseña al adulto. Los tiempos cambian, las distintas generaciones intercambian ahora emotividad, pero no tiempo ni saber. Lo que sí comparten es una descendencia común, que todos estamos ansiosos por contemplar. Para ver, oír y callar, dado que nosotros pasamos a ser como niños, ante la vida de adultos de ellos. Tal y como ve, oye y calla aquella hija de Herminio, Pilar, que tanto me ayudó en mi trabajo, y que después de mi última estancia en Vilatuxe se quedó conociendo toda la genealogía de la parroquia durante los últimos 500 años. El adulto observa, enseña, pero también aprende. Y no le queda más remedio que atenerse a la voluntad de aquel que fue niño y ahora se dedica a hacer de las suyas. Mientras guarda en su memoria personal las costumbres que caracterizaron a tiempos antiguos. Porque no todo se ve afectado por el cambio estructural que afecta al vivir de cualquier lugar. Un día, mientras comía en la que hoy es su casa y de su marido José Gregorio, Beatriz me dijo: "*Raul, tu suegra sí que bebía y fumaba!*". Y yo le dije: "*Rapaciña, bebía y fumaba lo que haría cualquier señora que sabe comer bien y no tiene ninguna otra cosa mejor que hacer, a no ser preocuparse acerca de su casa y de su familia*". Esa suegra que hoy tendría 97 años, pero que se fue a la Historia hace siete. Llevándose consigo su cigarrillo y su whisky. Ese que los niños de Vilatuxe, ya adultos, aún no consumen. No debido a mediar

prohibición alguna de parte de sus ascendientes, que no deberían atreverse a dar órdenes, sino porque las cosas siempre pasaron así en ese lugar, como en tantos otros. Niños que en el proceso de convertirse en adultos proporcionaron enseñanzas a sus mayores. Y que ahora, finalizado el proceso, buscan la afectividad y el cariño de sus ascendientes, como apoyo para conseguir entender lo real. De igual modo que sus ascendientes adultos, camino de convertirse en niños y solos, se apoyan en sus descendientes para encontrar fuerzas para seguir viviendo. Y repiten en sus nietos el silencio afectivo con el que criaron a sus hijos. Sobre el debate y la duda, tal y como la cultura social manda.

#### Conclusión

Compete al lector. La antropología de la educación que me he dedicado a inventar estudia el funcionamiento del proceso educativo, a diferencia de mi amigo Pierre Bourdieu, que prefiere centrarse en el análisis de las instituciones. Aquella antropología se interesa por las ideas que lo social, histórico, económico, coyuntural siembra en las cabezas del grupo humano, lo que acaba por convertir a los niños en un resultado de la interacción social. Como ya he dicho en otros textos, no es el niño el que se dedica a aprender, sino que en ese proceso se ve implicado el conjunto de su genealogía. Y si profundizamos ahí, no nos topamos con el individuo, sino con la historia del conjunto de ellos, esté recogida de forma explícita o no. A base de símbolos que no saben explicar, pero que siguen practicando ritualmente. Sin saber por qué. Católicos, o mejor cristianos del s. II, usan el preservativo, practicando la relación no matrimonial y heterogénea a la que sus padres nunca recurrieron. Según dicen ellos. Dicen también que utilizan la píldora, que sus padres nunca utilizaron. Y dicen que no hablan nunca de esas cosas. Dicen. Porque la Antropología de la educación se construye a partir del decir, sea en el contenido, sea en la frase, sea en la Historia, sea en los procesos educativos que

organiza el grupo. La conclusión, repito, corresponde al lector. Pero no olvide el lector adulto que la conclusión sintética consiste en que conforme crecen los niños adquieren autonomía y nosotros los adultos nos quedamos sin poder opinar nada más al respecto. Lo que no significa envejecer, sino ceder, transferir, transmitir partes de nuestra actividad a los más jóvenes y redefinir nuestra propia vida, encaminándola hacia nuevas direcciones. La mayoría de edad convierte a los más jóvenes en ciudadanos iguales, a los que debemos ceder espacio. En tanto nosotros mismos rehacemos nuestras vidas también hacia nuevos espacios. Siempre y cuando los más jóvenes estén capacitados para ocupar ese espacio, algo que deberán acreditar en la práctica. La mayoría de edad no concede derechos, éstos se conquistan, una vez que los más jóvenes superan el examen. Examen que no consiste en una habilitación académica, sino en esa habilitación humana que reside en saber interactuar y dominar la interacción entre el yo y los otros. Dominar sin avergonzarse de lo que el adulto más viejo supo darles. Porque si se dedican a hablar mal de ese adulto ascendiente, manifestando vergüenza, esos jóvenes manifiestan que aún no crecieron. Y todo lo que el adulto más viejo puede hacer es dejar al joven pagar el precio de su inexperiencia. El adulto que aprende a crecer junto al adulto más joven, aprende en la medida en que no pretende sustituir al novato para garantizar que éste sepa actuar bien, sino que permite al novato hacer lo que quiera para que averigüe qué es la vida y cuál es la jerarquía que la organiza, jerarquía que debe ser respetada en su justo valor, para que el adulto más joven no robe al más viejo. Mientras este último puede observar cómo se produce este robo de la interacción, y callar, esperando hasta que el más joven llegue a un punto en que no sepa cómo actuar. Hasta que finalmente el adulto más joven acaba de desarrollar su carrera y entiende por fin que el mundo no es responsabilidad del más viejo. Que la responsabilidad en lo que respecta a los hechos de la vida es mutua y descansa en la

interacción. Con cariño y devoción mutuos. Pero sepa también el lector que ese aprendizaje sólo llega a su término cuando los más jóvenes también hacen niños y pasan a convertirse en adultos maduros. Con niños que crecen. Con responsabilidades. Con decisiones que deben tomar. Si viviéramos lo suficiente para verlo estaría bien. Si no, será preciso tener la paciencia necesaria para vivir y amarlos de igual modo. Guardar silencio. Y buscar a aquellos iguales a nosotros que estén libres. Buscar a personas individuales que precisen de nosotros y no de nuestras ideas. Sepa aquel lector que pretenda llegar a alguna conclusión, que no se pueden compatibilizar dos hechos como amistad y jerarquía: fue el mito de la Revolución Francesa. Mito a favor del que siempre luché, para siempre acabar sintiéndome frustrado. Porque no es verdad. Sepa el lector que la conclusión a la que llegué es que mi amigo Hermínio Medela, de Vilatuxe, y su mujer, mamá Esperanza, supieron ser adultos jóvenes que ven, oyen, callan y apoyan sin abrir la boca. El adulto que realmente es adulto sabe ver, oír, callar y prestar apoyo sin darle más vueltas. Como yo en este caso, permitiendo que el lector piense por su cuenta y llegue a sus propias conclusiones. Lector al que ahora dejo solo con estas páginas, escritas en portugués, ese portugués que algunos intelectuales gallegos han afirmado que el pueblo de su tierra habla, pero que yo, que viví en medio del pueblo, puedo afirmar que no. Porque desde aquellos tiempos en que Afonso Enríques expulsó a su amante mató a la lengua portuguesa, que a partir de ahí se rehizo de una manera distinta. De la cual los gallegos, hijos y padres, deben estar orgullosos. Como yo, luso-galaico de adopción. Por Vilatuxe. Por Portugal. Por Compostela.

Parede, Portugal, 11 de julio de 1998.

## BIBLIOGRAFIA

FORTES, M. (1938): "Sociological and psychological aspects of education in Taleland", *Africa*, vol. XI, nº 4.

GOODY, J., ED. (1971): *The developmental cycle of domestic groups*, Cambridge, Cambridge University Press.

GODELIER, M. (1982): *La production des grands hommes. Pouvoir et domination masculine chez les Baruya de Nouvelle Guinée*, Paris, Fayard.

ITURRA, R. (1988): *Antropología económica de la Galicia rural*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia.

ITURRA, R. (1994): "O processo educativo, ensino ou aprendizagem?", *Educação, Sociedade e Culturas*, nº 1.

ITURRA, R., org. (1996): *O saber das crianças*, Seitubal, ICE.

ITURRA, R. (1997a): *O imaginário das crianças. Os silêncios da cultura oral*, Lisboa, Fim de Século.

ITURRA, R. (1997b): "Yo hago lo que la memoria social me dice", *Antropología Cultural*, vol. I, A Coruña, Hércules.

ITURRA, R. (1998a): "A oralidade e a escrita na construção do social", *Educação, Sociedade e Culturas*, nº 8, pp. 7-20.

ITURRA, R. (1998b): *Como era quando não era o que sou. O crescimento das crianças*, Porto, Profedições.